II- La bufanda amarilla / The scarf yellow

La niña de las trenzas, dijo a su madre:
- Lo que me dices es verdad. Pero ¿Por qué este hombre de la túnica blanca que he visto en este puente, cerca del río Darro y de la Alhambra, se ha ido sin despedirse de mí?
- ¿Por qué tendría que despedirse de ti?
- Ahora que lo he visto y después de lo que me ha contado, me gustaría saber su nombre y conocer dónde vive. ¿Sabes lo que estoy pensando?

Y la madre le preguntó:
- ¿Qué es lo que estás pensando?
- Dentro de unos días, habrá luna llena. Cuando el sol se ponga y la noche llegue a su centro, voy a volver por esta Carrera del Darro a ver si lo encuentro.

Tres días más tarde, hubo luna llena. Un poco después de ponerse el sol, la brillante y redonda luna, asomó por las altas cumbres de Sierra Nevada. De su casa en un bonito rincón en el barrio del Albaicín, salió la niña de las trenzas. Bajó por la Cuesta de San Gregorio y le entró a Plaza Nueva por calle Elvira. Al pisar Plaza Santa Ana, miró para la Alhambra por encima de la torre de la iglesia. Le impresionó mucho lo que descubrió por entre las torres y murallas en todo lo alto de la colina.

La luna, redonda y brillante como un sol, ya se había colocado encima por completo de los palacios árabes. Derramaba sus rayos, color oro viejo, sobre torres y murallas. Y estos luminosos rayos, dibujaban como un lazo en forma de bufanda alargada, ancha y muy amarilla que parecía envolver a la grandiosa torre de Comares. Desde aquí, este hermoso lazo, caía por el bosque de la umbría de la Alhambra hasta el río Darro. La intensidad de la luz que desprendía, aumentaba conforme se acercaba al puente del Cadí y el de Espinosa.

Un poco sorprendida por lo que estaba descubriendo, para sí se dijo: “Parece como si el color oro que la luna tiene y el dibujo que con sus rayos fragua en el espacio, brotara del mismo manantial que él me dijo el otro día. ¿Qué será esto y por qué sucederá?”

Miró para el comienzo de la Carrera del Darro y vio que la calle, el paseo más bello del mundo, estaba por completo solitario. Sin ningún turista, sin personas mayores en carritos de ruedas empujados por otros, sin coches ni bicicletas y sin hippies con perros. Por eso, enseguida supo que nunca, en los años de vida que tenía, había visto este lugar de Granada tan solitario. Se preguntó: “¿Qué será lo que en estos momentos sucede por aquí? ¿A dónde se habrán ido las personas y por qué el silencio es tan grande? Parece como si todo ahora en este lugar perteneciera a otro mundo distinto al que siempre he visto".

Avanzó unos metros más y justo donde el río Darro se pierde en un túnel para atravesar la ciudad hasta el río Genil, lo vio. Estaba sentado en el pequeño muro que por aquí separa a la calle del cauce del río. Nadie había con él. Su vestido, túnica blanca como la nieve recién caída, arropaba parte de este muro de piedra vieja y caía un poco para el cauce del río. Resaltaban, sobre el blanco de su vestimenta, sus largas barbas y espesa melena aunque casi se fundían con el color de la túnica. De su cuerpo, cara, manos y túnica, parecía manar una brillante luz azul amarilla. Miraba pensativo para la pequeña calle que tenía enfrente y que es conocida en Granada con el nombre de Lavadero de Santa Inés.

Continuó avanzando sin miedo pero con prudencia y mostrando cierto respeto. Lo miraba según adelantaba y empezó a descubrir que de su cuello, además del pequeño corazón de cuero rojo, caía una prenda de lana en tono amarillo viejo. Algo parecido al lazo de luz que los rayos de la luna, dibujaban en torno a la Torre de Comares. Y percibió también ahora que las cristalinas aguas que por el cauce del río bajaban, eran semejantes a la superficie de un largo espejo líquido donde se reflejaban los colores de la prenda que de su cuello colgaba. Como si la propia luna y los rayos de luz que bañaban las torres y murallas de la Alhambra, se alimentaran de los reflejos que reverberaban las aguas del río y por donde el manantial junto al viejo almez cerca del puente del Cadí.

La pequeña se paró junto al hombre de la túnica blanca, lo saludó y como si lo conociera desde hacía mucho tiempo, sin más le preguntó:
- Esta bufanda amarilla que esta noche cuelga de tu cuello y sobre la que resalta el corazón de cuero rojo que portabas la otra tarde ¿también te la regaló ella?
- No solo me la regaló sino que con paciencia y a lo largo de algún tiempo, la tejió amorosamente con sus manos.
- ¿Y ahora la llevas puesta en su honor y para no olvidarla?
- Por eso y porque sé que en la confección de esta prenda ella puso el amor más puro de su corazón.
- ¿Y por qué eligió este color amarillo oro?

Miró el hombre para la calle que tenía enfrente, se mantuvo un rato en silencio y luego dijo a la pequeña:
- El porqué escogió este color amarillo oro para tejer la bufanda, no lo sé. Sí, desde el momento en que ella me regaló esta prenda, guardo la escena en la esencia más noble de mi espíritu.
- ¿Me cuentas cómo fue ese momento?
- Sucedió una mañana ya al final de la primavera por entre los jardines de su facultad. Unos días antes, ella había escrito un bonito relato. Decía que un cuento y que era muy importante en su vida. Como no tenía un dominio bueno del castellano, me pidió que le ayudara a corregirlo. Con satisfacción, me ofrecí a ello y, a partir de aquel día, algunas mañanas, nos juntábamos por donde su facultad para corregir el texto de este cuento suyo.

Cuando ya casi estábamos en la última fase de estas correcciones, al igual que con su corazón de cuero rojo, una mañana me entregó un envoltorio. Me dijo:
- Es para ti.
Desaté la cinta, desdoblé el papel y vi esta prenda. Me miraba y al notar mi expresión, comentó:
- Sé que ya no hace frío y quizá el color no te guste mucho pero es algo especial para mí.
Pensé en ese momento que el color amarillo que había escogido a lo mejor se debía a lo que con bastante frecuencia reflejaba en el cuento que corregíamos. En este texto, ella hablaba varias veces de una montaña amarilla en contraste con el mundo de la nieve en su país. Y creo que esta montaña amarilla para ella son las cumbres de Sierra Nevada cuando los rayos de sol al ponerse, las bañan. Tenía y tengo mis razones para pensar en esto.

Junto con la bufanda de lana amarilla, había un pequeño papel escrito de su puño y letra que decía: “Gracias por todo que me haces. Siento que es de corazón y lo agradezco mucho. De todo mi corazón quiero darte las gracias. Esta bufanda, acabó ayer. Es para ti. Quiero que algo recuerdes de mí cuando me voy lejos… en el país de las Nieves”.